



Paco de Lucía retratado por Francis Giacobetti para una exposición fotográfica de 1995.

# Muere Paco de Lucía, el flamenco universal

El guitarrista fallece en México a los 66 años y deja un legado incomparable

MIGUEL MORA, París

Paco de Lucía fue un músico de dimensión universal. Su guitarra reinventó el toque flamenco y lo elevó a las más altas cimas artísticas. El tocao de Algeciras supedi-

tó la técnica a la sensibilidad y se dejó llevar siempre por el enigma del pellizco y el duende. Su muerte en la noche del martes en una playa de México, a los 66 años, llevó el lamento a sus millones de seguidores. **PÁGINAS 38 A 45**

**Artículos de** Caballero Bonald, Alejandro Sanz, Carmen Linares, Curro Romero, Jorge Pardo, Javier Limón, Diego A. Manrique, J. M. Gamboa, Fermín Lobatón, J. M. Cañizares y Gerardo Núñez

cultura

Adiós a una leyenda de la guitarra

# Se fue el flamenco universal

Paco de Lucía, fallecido el martes en una playa mexicana a los 66 años, revolucionó las armonías de su instrumento y elevó un arte malquerido a sus cimas más altas

MIGUEL MORA, París

Toacaor estratosférico, compositor fecundo e imaginativo, tímido pero sublime e incansable embajador de la cultura española, Paco de Lucía fue un músico universal, el guitarrista que refundó y reinventó el toque flamenco y lo subió a las más altas cimas artísticas, haciéndolo evolucionar y mezclándolo con otras músicas de raíz, como el jazz, el blues o la *bossa nova*, a las que él llamaba "las músicas de la nevera vacía".

Payo de nacimiento, pero gitano de alma, Francisco Sánchez Gómez, que falleció repentinamente en la noche del martes en una playa de Tulum (México) a los 66 años, aprendió a rasguear la guitarra por pura necesidad, al tiempo que empezaba a hablar, cuando vivía en la barriada calé de Algeciras, La Bajadilla. "Estábamos hambrientos y mi padre no sabía qué hacer para sacarnos adelante", solía contar. "Los flamencos, como todos los músicos de las músicas de raíz, siempre hemos tenido la nevera vacía".

Su madre, la portuguesa Luzia Gómez, dio nombre a la estirpe. Y su padre, Antonio Sánchez, guitarrista en fiestas de señoritos, fue el férreo y emprendedor productor que supervisó la carrera y la revolución flamenca que Paco de Lucía, solo y sobre todo junto a su inseparable Camarón de la Isla, cantautor legendario, organizó en los años sesenta y setenta al despachar una decena de discos que marcaron la entrada del flamenco en la edad moderna.

Antes de eso, Paco de Lucía fue Paco de Algeciras y formó con su hermano Pepe de Algeciras, luego Pepe de Lucía, dos años mayor que él y cantautor de gran calidad, el dúo Los Chiquitos de Algeciras, que rompió el molde en un concurso celebrado en Jerez en 1962. El toacaor de pantalón corto regresó a casa con un premio especial del jurado y un sobre con 4.000 pesetas. Su hermano, que jugaba en otra liga, ganó 35.000. Contratados por Antonio el Bailarín, Los Chiquitos rodaron una película y grabaron varios discos. Enseguida, el italiano José Greco les echó el ojo y se los llevó de gira por África, Australia y Estados Unidos. El flamenco volvía a tomar Nueva York después de que lo hicieran, en plena Guerra Civil, La Argentinita, Pilar López, Sabicas y Carmen Amaya.

Paco —siempre fue solo Paco

para sus compañeros de profesión y su legión de seguidores— había aprendido a tocar oyendo a su padre y a su hermano mayor, Ramón de Algeciras, que acompañó a los mejores cantaores de la época, y escuchando las viejas grabaciones de Ramón Montoya, Mario Escudero y Sabicas, a quien conocería en el restaurante Granada del Greenwich Village siendo un adolescente imberbe. Su otra gran influencia fue Manuel Serrapí, El Niño Ricardo. Cuando Sabicas, gitano madrileño y pamploña, oyó al prodigio tocar por primera vez, le dijo: "Mira, hijico, tocas muy bien, eh. Pero olvidate de Ricardo. Toca tus cosicas".

En 1966, Paco se enroló en la compañía de Antonio Gades para una nueva gira americana; en Brasil descubriría el comunismo, la golfería flamenca y la *bossa nova*, que tanto le ayudó a dar un aire

rralde y plasmar el nuevo son en *La guitarra fabulosa de Paco de Lucía* (1967), iba a nacer la pareja que cambió el destino del flamenco, reducido en aquellos años a la categoría de folclore nacional por el régimen y a reducido minoritario y casi insufrible por los polvorientos festivales andaluces.

El dúo con Camarón fue un hito para la música popular contemporánea

Ganó el primer y único Príncipe de Asturias para un artista flamenco

la República de Cádiz, los dos genios flacos llevaban dentro el mismo patrimonio genético artístico y compartían pasiones y virtudes: afinación, invención, una insolencia muy bien educada y buen gusto musical. Grabaron juntos, entre 1969 y 1979, nueve discos magníficos e irreprochables, llenos de fantasía y de creatividad, mezclando nuevas variantes de tangos, bulerías, fandangos y rumbas, géneros inventados como la bamblera, y un absoluto respeto —incomprendido por los puristas— al repertorio heredado.

La imaginación y la magia eran tan abrumadoras que no había hueco para el relleno, y la ironía es que cuando hizo falta rellenar, como pasó con *Entre dos aguas*, una rumbita incluida a última hora por Paco en su disco *Fuente y caudal* (1973), el descarte se convertía en pelotazo. Gracias

la separación fue traumática, sin exagerar. Camarón grabaría en 1979, ya con Tomatito, *La leyenda del tiempo*, el disco que dio un salto mortal rockero al flamenco. Y Paco de Lucía retomaría su carrera de concertista, en solitario o en compañía de otros.

Tras grabar discos dedicados a Falla, Albéniz, Rodrigo o Sabicas, el fenómeno de Algeciras dio recitales en el Real, La Zarzuela y los mejores teatros del mundo. En 1980 registró el histórico *Friday Night in San Francisco* haciendo trío con las guitarras acústicas y eléctricas de John McLaughlin y Al di Meola; y ese mismo año creó el Paco de Lucía Sextet, formación que durante dos décadas extendió por el orbe la marca del mejor flamenco mestizo —con instrumentos que luego serían indispensables como el cajón peruano— y de la España más talentosa.

Oír tocar a Paco de Lucía era un fenómeno entre místico e incomprensible; parecía como si dentro de la guitarra llevara metida una orquesta sinfónica y un Beethoven jibarizado. Fuera del escenario, el Premio Príncipe de Asturias de las Artes 2004, primero y único de la historia concedido a un artista flamenco, era un hombre tímido, bromista, anárquico y sencillo.

Tras 40 años de magisterio indiscutible, miles de conciertos y de espectadores asombrados, veintitantos discos y algunos exilios y silencios, el Príncipe de Asturias supuso el gran reconocimiento que su país le debía a Francisco Sánchez. El premio, como él mismo se apresuró a decir, tenía más de un destinatario. Primero, el flamenco, ese arte ninguneado por políticos, programadores y otros sordos con mando en plaza. Y segundo, don José Monge Cruz, Camarón de la Isla, cómplice en las tomas de la Bastilla flamenca. "Si me hubieran dado el premio estando él vivo hubiera impuesto de alguna forma que él viniera, lo hubiera compartido con él, me hubiera dado vergüenza ganarlo yo solo", declaró el guitarrista a este diario.

Algunos desaprensivos habían intentado enfrentar a Paco con la familia de su amigo a la muerte de este, verano de 1992, acusando a los Sánchez de haber cobrado derechos de autor que pertenecían a Camarón. La injusticia deprimió a Paco durante meses, pero no consiguió borrar el cariño y la admiración que el toacaor, que



Las manos de Paco de Lucía, fotografiadas por Francis Giacobetti.

nuevo, más rítmico y armonioso, al anquilosado toque de esos años. Su manera de agarrar la guitarra, con las piernas cruzadas y una gran colocación de las manos, volvía locos a sus colegas, según le contó el toacaor Emilio de Diego a José Manuel Gamboa: "Paco me hacía cosas maquiavélicas muchas veces, el cabrón. Era un monstruo, pero de verdad. Empezaba a hacer cosas prohibidas anatómicamente, guitarrísticamente, musicalmente; prohibidas para todos, menos para él".

Tras probar por primera vez a tocar jazz-flamenco con Pedro Itu-

El dúo Paco-Camarón fue una fulguración, el momento fundacional de la historia moderna del flamenco, un hito para la música popular contemporánea. Era 1969, el año en que el hombre llegó a la Luna. De repente, dos jóvenes paupérrimos y semianalfabetos, hijos de la España anquilada, resucitaron el arte que Falla y Lorca habían dado a conocer al mundo durante la Edad de Plata. Su revolución formal y técnica universalizó otra vez la maltratada música flamenca.

Nacidos, no podía ser de otra forma, en el triángulo mágico de

al ojo comercial de Jesús Quintero, *Entre dos aguas* devino un símbolo de la recobrada vitalidad y del nuevo virtuosismo de un arte muy mal visto por el público y las instituciones y se convirtió en la banda sonora de 1975, el año del cambio histórico: enero arrancó con Paco de Lucía en el número uno de las listas de ventas; el LP despachó más de 100.000 copias y el sencillo, 300.000.

Cada cante de Camarón y cada toque de Paco eran oro molido. Su mezcla, la mejor simbiosis nunca oída entre una garganta y una sonanta desde Chacón y Mon-

"Al forzarme a hacer un disco nuevo cada vez, sin darme cuenta, yo inventé un estilo". Paco de Lucía



Adiós a una leyenda de la guitarra

cultura



se declaraba un cantaor frustrado —“el guitarrista que mejor canta soy yo”, decía—, profesó siempre por Camarón. En 2004, al grabar *Cositas buenas*, Paco de Lucía recuperó con Javier Limón una bulería inédita del genio de la Isla e invitó a Tomatito a meter su guitarra. Y contó: “Los dos llorábamos como tontos oyendo cantar a José. ¡Parecía que estaba vivo y acababa de irse a tomar café!”.

Casado dos veces, la primera en 1977, en Ámsterdam, con Casilda Varela, hija del general franquista que culminó la toma de Madrid; y la segunda con Gabriela, una mexicana, Paco fue huyendo de su fama creciente y del ambiente noctívago del flamenco según iba cumpliendo años.

Entre gira y gira, ya con la nevera llena pero sin dejar de fumar, el tocaor pasaba largas temporadas en sus casas de Mallorca, Toledo y Tulum, la playa de la península de Yucatán (México) donde solía bucear. En los últimos meses, tocó y residió también en Cuba, buscando la sal y el alma despojada de su infancia, y la estela de las neveras vacías.

La noticia de su fallecimiento

El músico solía definirse como un “enfermito de perfección”

“Vivió como quiso y murió jugando con sus hijos frente al mar”, dijo su familia

prendió ayer como una mecha en todo el mundo. Los diarios más importantes le dedicaron amplios espacios en sus webs. El fotógrafo suizo-francés René Robert, que le retrató docenas de veces en concierto, dijo: “Es un momento duro, se ha muerto demasiado joven. Pero es lógico que le haya fallado el corazón: pese a la aparente facilidad con que tocaba, su arte requería de una gran concentración, y tratar de mejorar siempre debía causarle mucho estrés”.

José Mercé duplicó la apuesta de Lorca con Sánchez Mejías y dijo que no nacerá nadie como él en 200 años. Maestro de una generación de inmensos guitarristas —Vicente Amigo, Gerardo Núñez, Cañizares, Rafael Riqueni y tantos otros—, su talla fue reconocida en los cinco continentes. Pero él siempre procuró empujarse su gigantesca figura. Decía que era “un enfermito de perfección”. Y Chick Corea tuiteó: “Paco inspiró la construcción de mi mundo musical tanto como Miles Davis y John Coltrane”.

Una escena de un documental en la que aparecía tumbado en una hamaca, resume su humor inteligente: “No se crean nada, lo que hacemos los artistas es estar tirados todo el día... los músicos somos unos chaneladores (cuentistas) siempre con el rollo de la angustia. El artista sufre, pero más sufre un albañil en un andamio de seis pisos un 8 de enero”.

El tocaor de Algeciras, al término de un recital en Madrid en 1986. / ELKE STOLZENBERG (CORBIS)

“¿Pero quién no suena a Paco? Es imposible no sonar como él, ha abarcado tanto...”. Tomatito

